

CINE Y LITERATURA

LA MALDICIÓN DE LAS BRUJAS

La lucha del bien contra el mal

por Maite Carranza*

Ficha técnica

Las brujas,
de Roald Dahl.

Versión cinematográfica
La maldición de las brujas
(*The Witches*, 1989).

Dir. Nicolas Roeg. Prod. Jim Henson Productions, Lorimar Pictures para Warner Bros (EE.UU.). Intér. Anjelica Huston, Mai Zetterling, Jasen Fisher.

La adaptación cinematográfica de una obra literaria, se mire como se mire, siempre supone un reto, sobre todo si la novela ha supuesto un hito en la historia de la literatura y es un referente obligado para los espectadores. Las comparaciones son odiosas y en ese caso la película, por el hecho de ser *segundo plato*, puede aspirar al éxito en taquilla, pero, a buen seguro, nunca satisfará enteramente a la crítica ni a los lectores más exigentes.

A pesar de ello, existen muchas y buenas obras cinematográficas que por determinados motivos (excelente guión, buena dirección, reparto acer-

tado, fotografía impecable, música original, etc.) y la combinación de casi todos ellos, han conseguido ensombrecer la fama del texto literario que les dio la vida y han logrado que el público olvide sus dudosos orígenes editoriales, hasta el punto que se obvie ya de una forma tácita en su ficha cinematográfica.

El primer acierto de una buena adaptación, a mi entender, se cifra en considerar cine y literatura como dos universos creativos fronterizos, pero independientes.

Las palabras que insuflan el aliento literario y poseen la magia de obviar el tiempo y el espacio e introducirse en los recovecos de los personajes y el relato, al gusto y el capricho del autor, deben ceñirse, en la pantalla, a las imágenes más estrictas y desnudas de verbo y saberse constreñidas a la secuenciación lógica del tiempo, sirviéndose del silencio, las elipsis, la música y el simbolismo de los gestos. Dos lenguajes diferentes que poseen técnicas y recursos propios para narrar no pueden ser simplemente una *traducción* automática. Adaptaciones que usan y abusan de la voz en *off*, de los *flash-back* o de las grotescas caracterizaciones generacionales de los actores, no han sabido o no se han atrevido a ser suficientemente creativas



LA MALDICIÓN DE LAS BRUJAS. N. ROEG (1989).

para suplantar un lenguaje por otro.

Planteados en líneas generales los problemas que supone una adaptación, apuntaré tan sólo que el visionado *virgen* de una adaptación o el visionado *comparativo*, ofrece dos perspectivas muy diferentes y hasta cierto punto polémicas. La falta de *referentes* del que contempla por primera vez una cinta no se corresponde con la expectativa de *fidelidad* del lector-espectador, que antepone la exhaustividad y la veracidad del original a cualquier otro canon de valoración, rechazando, por deformación lectora, cualquier aportación genuina, por muy genial y creativa que ésta sea. Paso, pues, a comparar, a sabiendas de que es un trabajo desagradable e injusto.

Roald Dahl es un autor con nombre y apellidos que ha gozado de merecida fama por sus novelas infantiles a las que se puede adjetivar genéricamente como *geniales*, si se entiende por genialidad ese raro talento que poseen unos pocos para conjugar las pretensiones con los logros, y dosificar sabiamente la modernidad con la tradición. Roald Dahl combina la originalidad de una pluma única, inspirada en un discurso contundente y personalísimo, que se asienta en la riqueza y la solidez de una cultura narrativa milenaria en torno al relato, la leyenda y el cuento.

En *Las brujas*, Roald Dahl ha conseguido dar lo mejor de sí mismo mediante la recurrencia a un tema universal y a través de un argumento maniqueísta: la lucha del bien contra el mal y la confrontación entre el mundo de la infancia y el mundo de los adultos. La falta de concesiones al sentimentalismo, la rotundidad de su discurso y su lenguaje, el punto de vista preciso desde la mentalidad y la percepción de un niño y la simplicidad y efectismo visual de la misma historia sitúan a esta peculiar creación a medio camino entre la narración fantástica y el cómic hilarante. Don Ramón de Valle Inclán habría aceptado gustosamente incluirla en su repertorio de esperpentos.

Esta deliciosa y caricaturesca novela amorosa, *políticamente incorrecta* por su apología a la suciedad, al ta-



LA MALDICIÓN DE LAS BRUJAS.

baquismo y a la mentira, y que adolece de un desenlace inquietante y en ningún caso feliz, fue, sorprendentemente elegida para ser adaptada cinematográficamente en EE.UU., la patria del sueño americano cocido a base de dólares y hamburguesas, que aporta puritanamente a sus productos infantiles el sello de la felicidad y el respeto por el *stablishment*, aunque sea a golpe de pistola.

Tampoco no resulta extraño. Debíó de considerarse la firma prestigiosa de Dahl y se valoró la pertinencia de las virtudes adaptativas de la narración: una única trama con su planteamiento, su nudo y su desenlace. Dosis de misterio, terror y sorpresa salteadas de ternura y complicidad. Fantasía y realismo. Humor y sátira... y sobre todo y por encima de todo la recreación del tema más vinculado al universo de ficción infantil: las brujas. En definitiva, un verdadero bombón para los pequeños espectadores.

Una adaptación encorsetada

Negocio y —¿por qué no?— reto pudieron contra el espíritu de la fábrica Disney, partidaria de las familias uni-



QUENTIN BLAKE. LAS BRUJAS, MADRID: ALFAGUARA, 1995.

das y las morales edulcoradas, aunque no exentas de violencia. Sin embargo, el puritanismo no pudo soportar la afrenta de un ratoncillo-niño inglés sin una libra en el bolsillo y, por ende, sin escuela, ni biblia, y lo metamorfoseó de nuevo en niño —*self-made-boy*—, con una maleta repleta de dólares y camino de América —la patria de los auténticos aventureros—, dispuesto a recomenzar su historia de la mano de una abuela 30 años más joven y marchosa que la que alienta en las páginas del relato.

Ese hábil golpe de timón final por obra y gracia de una joven bruja rubia reconvertida —me remito a Robert Altman sobre los mecanismos que conducen a la rectificación última de los guiones— ensombrece el conjunto de la adaptación que, exceptuando ese miserable y ñoño final, se puede considerar bastante fidedigna y, en general, correcta, sin llegar a brillar con luz propia.

El espíritu de Roald Dahl debe de revolverse en su tumba, a pesar de su satisfacción por la encarnación de Anjelica Huston en el papel de la reina

de las brujas y la perfecta caricaturización de Atkinson en el papel de director del hotel. Excelentes y acertadas son las caracterizaciones grotescas de las brujas, y los primeros planos distorsionados que nos ofrece Raeg son un trabajo pulcro y meticuloso, que consigue reproducir con bastante exactitud esa mezcla de repulsión, hilaridad y miedo que expresa Roald Dahl en sus descripciones de esos seres maléficos, bajo la apariencia de simpáticas señoras.

No sabemos qué opinaría el autor sobre el derroche de efectos especiales repulsivos, pero nos queda la duda de pensar que los habría aprobado, dada su afición por el detalle morboso y por sus adjetivos rotundos. De lo que estoy segura es de que, como guionista que fue, habría aplaudido los cambios sutiles, pero inteligentes, que dan coherencia a la película, vinculando personajes entre ellos (el director con la camarera, el señor Jenkins con la reina de las brujas, Bruno con el niño protagonista, la reina de las brujas con la abuela, etc.), así como la potenciación de algunas es-

cenos, faltas de acción en el original, como la persecución del niño a través del hotel.

Pocos cambios pero con buen tino, la horrorosa suplantación de un final convencional, aciertos en el *casting* y la interpretación, buena ambientación y buen ritmo narrativo, no privan de considerar a *La maldición de las brujas* como una película que podría haber sido *ella misma* si, olvidando los condicionantes del relato original, hubiera enfatizado en el universo de magnetismo, terror, rebeldía y humor que la esencia de la filosofía de Dahl transmite y contagia.

El resultado es una adaptación excesivamente constreñida a una historia no cinematográfica (y por lo tanto más libre de ataduras que lo que la pantalla permite) y pocas licencias creativas: algunas acertadas y otras detestable. El guión, a mi gusto, peca de poco osado.

Ignoro mi juicio si, en lugar del ejercicio de comparar, me hubiera extendido —como espectadora virgen— en una disertación exclusiva sobre la película. En cualquier caso, como ya he insistido al principio, cine y literatura son diferentes. ¡Viva la diferencia! ■

* Maite Carranza es escritora.



LA MALDICIÓN DE LAS BRUJAS

Bibliografía (selección)

- Les bruixes*, Barcelona: Empúries, 1986, 1994 (il. de Quentin Blake, edición en catalán).
- Las brujas*, Barcelona: Salvat, 1987.
- Las brujas*, Madrid: Círculo de Lectores, 1989 (il. de Quentin Blake).
- As bruxas*, Vigo: Xerais, 1990 (il. de Quentin Blake, edición en gallego).
- Sorginak*, San Sebastián: Erein, 1990 (il. de Quentin Blake, edición en vasco).
- Las brujas*, Madrid: Alfaguara, 1992 (13ª edición, il. de Quentin Blake).